IT - PL - PT

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS
SANTA MISA

HOMILÍA DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIV

Cementerio Verano, Roma,
lunes 2 de noviembre de 2026
[**Multimedia**]

Queridos hermanos y hermanas,

Nos hemos reunido para celebrar la Eucaristía en este lugar de oración y memoria, de afecto y esperanza. La ofrecemos en sufragio por los fieles difuntos, especialmente por aquellos que aquí descansan y por quienes todos amamos.

Esta oración se inspira en la conmemoración de los fieles difuntos al día siguiente de la Solemnidad de Todos los Santos. Nos dirigimos a nuestro Padre Celestial para que la vida de santidad y bienaventuranza, ya disfrutada por tantos de sus hijos e hijas, envuelva las almas de todos los que descansan en paz.

Nuestra fe se ve iluminada por la Palabra proclamada, que fortalece nuestra confianza en *las manos de Dios.* Estas —como nos recuerda el Libro de la Sabiduría— son capaces de proteger eficazmente las almas de los justos: «ningún tormento los alcanzará» (*Sab* 3:1). Esta es la promesa de salvación, que especialmente en este día se convierte en el centro de la oración que elevamos al Señor de la vida por todos los fieles difuntos.

Que sus manos paternales y seguras los guarden para siempre, para que disfruten plenamente de esa pertenencia mutua y vital que el Señor promete a su pueblo en el Libro del Apocalipsis: «Ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos, su Dios» (*Ap* 21,3). Nuestra oración intercede por la realización de esta comunión eterna de vida, prometida por el Buen Pastor a sus ovejas, que no se perderán jamás y que nadie arrebatará de su mano (cf. *Jn* 10,28).

Amados hermanos, hemos escuchado el Evangelio de las Bienaventuranzas (*Mt* 5,1-12). Son como un autorretrato de Jesús, que Él mismo pone a disposición de sus discípulos, proclamando: «¡Bienaventurados sois!» (v. 11). Las Bienaventuranzas son el camino hacia una vida plena y realizada, ahora y por toda la eternidad. Cuando las escuchamos proclamadas en la Liturgia — lo sabemos— es el Señor Resucitado quien nos habla. Y este mensaje de salvación que son las Bienaventuranzas resuena con una fuerza espiritual particular en un cementerio, que es como un umbral entre este mundo y el más allá, entre la existencia terrenal y el más allá que nos espera. Jesús Resucitado nos dice: bienaventurados los que viven según este camino, porque de ellos es el reino de los cielos.

Entre las ocho Bienaventuranzas del Evangelio de Mateo, hay una que nos conmueve especialmente hoy: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (*Mt* 5,4). En este momento, queremos orar por quienes han perdido recientemente a un ser querido; especialmente por aquellos a quienes la violencia sin sentido de la guerra les ha arrebatado. ¡Que las lágrimas de tantas madres, tantos niños, tantos ancianos conmuevan la conciencia de quienes tienen el poder de silenciar las armas!

En el octavo centenario de la muerte de San Francisco de Asís , es natural recordar la "bienaventuranza" que añadió al Cántico de las Criaturas cuando comprendió que su fin estaba cerca: « *Alabado seas, Señor mío, por nuestra hermana la muerte corporal, / de la cual ningún hombre vivo puede escapar:¡ay de los que morirán en pecado mortal! / bienaventurados los que se encuentren en tu santísima voluntad, / porque la segunda muerte no les hará daño* ».

Queridos hermanos y hermanas, la fe en Cristo nos dice que nuestro vínculo con los fieles difuntos no se interrumpe, sino que se transforma. Con oraciones de sufragio, acompañamos a nuestros seres queridos hacia la plena comunión con el Señor, comunión que ya anticipamos aquí, en el Sacramento de la Eucaristía. Inspirados por esta fe llena de esperanza, continuamos nuestro camino terrenal, esperando el día en que Él enjugará toda lágrima, cuando «ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado» (*Ap* 21,4).

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Editorial Vaticana